



Eduardo Barrios a 25 Años de su Muerte

Cuando se habla de Eduardo Barrios, novelista, Premio Nacional de Literatura 1946, suele comparársele, en justicia, con Alberto Blest Gana. El propio Hernán Díaz Arrieta (*Alcance*), pese a las diferencias que ambos tuvieron, por esas cuestiones propias de divos sentimentales y soberbios, reconoce que "escribió admirablemente, con suavidad, transparencia y nobleza, y sus términos son puros". Claro que, acto seguido, estampó el crítico: "pero la inventiva y el vigor no suben a la misma altura. Carece de nervio". Observación injusta, si nos atenemos a la lectura de su obra, perdurable, bien construida. Además hay que tener presente que bastan para contar sus libros los dedos de la mano. "Del Natural", Iquique, 1907; "El Niño que Enloqueció de Amor", Santiago, 1915; "Un Perdido", Santiago, 1918; "El Hermano Anso", Santiago, 1922; "Páginas de un Pobre Diablo", Santiago, 1923; "Tamarugal", 1944; "Teatro Escogido", Santiago, 1947; "Gran Señor y Rajadiblos", Santiago, 1948, después de ser ungido como inmortal de las letras y "Los Hombres del Hombre", Santiago, 1950. Son nueve, sólo nueve, ¡pero qué cantidad en ediciones! Bástanos recordar un ejemplo: "Un Perdido", como se ha dicho, de 1918, ya tenía diez en 1963.

"El Niño que Enloqueció de Amor", ha sido uno de los grandes éxitos de la literatura de todos los tiempos y, tal vez, el más reeditado en el país. Es una novelita breve en que ensaya una difícil tarea: evocar por dentro, en forma de diario íntimo, la tragedia del colegial que, enamorado de una mujer adulta, se siente incomprendido y sometido a toda clase de angustias, sin que encuentre con ni bálsamo a su problema.

Se ha cumplido, el pasado martes, un cuarto de siglo de su muerte, acaecida el 13 de septiembre de 1963. Nació en Valparaíso, el 26 de octubre de 1894. Su vida, múltiple y aventurera a partir de su educación en Lima, encuentra buena síntesis en su pluma: "Recorrí media América. Hice de todo". Y antes de eso, por deseo de sus abuelos alemanes —su madre se llamó Isabel Hudtwalcker— fue cadete militar. Después —sigamos su relato—, "comerciante expedicionario a las gemas en las montañas del Perú; busqué minas en Collahuasi; llevé libros en las salitreras; entregué máquinas por cuenta de un ingeniero, en una fábrica de hielo de Guayaquil; en Buenos Aires y Montevideo vendí estufas económicas; viajé entre cómicos y saltimbanquis, y como el abetismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté en público como discípulo de un atleta de circo, levantando pesas... He caído, he levantado, he sufrido hambre, he gozado har-



Eduardo Barrios, Premio Nacional de Literatura 1946.

tanzas. Y siempre, en medio de toda, me respeté... porque soy un sentimental".

Agreguemos que ejerció como funcionario y llegó a Director de la Biblioteca Nacional, periodista en "El Mercurio" y "La Nación". En "El Mercurio" sucedió a Omer Emeth (Emilio Valssel en "El Averiguador Universal". Y, por cierto, en el primero y segundo gobierno de Báldez, Ministro de Educación. Agricultor largos años. Por sobre todo, habrá de recordarse como novelista, por más que incursionara, también con éxito, en el teatro como dramaturgo aplaudido.

En toda su obra está el fondo autobiográfico. A la manera de los escritores norteamericanos que aconsejaban "vivir para contar", puso el acento realista con las experiencias que, según hemos visto, eran múltiples y en diversas dimensiones. Luchó Bernalde, de "Un Perdido", tiene ese sello inconfundible del trasfondo verdadero, aunque Barrios se empesó en negar cualquier asomo de tal verdad.

Escapa, sin embargo, a tal presunción, "El Hermano Anso", para algunos su obra maestra, en que se advierte, como en todos sus escritos, la bella estilística. Es un cuadro de misticismo, decepción y pecado, en que no trepida ante lo aberrante. Anso le achacó carencia de espiritualidad, pero el retrato de la vida conventual y las sordas reminiscencias alcanzan alguna estética admirable. No tiene el mismo vibrato "Páginas de un pobre diablo", cuatro relatos ágiles, amenos, a menudo alegres. "Tamarugal", 1944, tras una ausencia literaria de veinte

años, reúne tres largos cuentos —que probamos su vigencia en el interés público—, inspirados en el hondo sedimento que el norte grande dejó en su alma.

Era, parece, la obra comentada, una prueba de máquinas. Surgió, entonces, una novela cuyo protagonista, don José Pedro Valverde, encarna la flor y nata del campesino montañés, ganador de la vida, personaje con "derecho a perrada"; especie de aguafuerte del patrón de fundo con mucho de caballero feudal. Quiere a sus vasallos a su manera y recoge el fruto fácil de la admiración de las mujeres. Hay, por encima de la cosa propia, recogida de la vida, un esbozo de la rebeldía humana que se niega a aceptar la decadencia. Lucha a brazo partido con los años y la pérdida de la fortaleza, en un alarde de egotismo estoico. Balle el costumbrismo, la cosa anecdótica.

La protesta contra los que pretenden poner alambradas a su espíritu y apetitos de todas clases: "Me dicen señor feudal, tirano de borca y cuchillo. ¡Qué saben esos mocosos y babosos de lo que Chile ha exigido de nosotros los que los pusimos en orden! ¿Cómo habría yo arreado a los bandidos en otra forma? ¿Cómo habría creado en esas peonadas con tendencias al pillaje todas, hábitos de trabajo y honradez?. No es, si se puede decir caer... en el criollismo, a pesar de su intento por reproducir lenguajes populares, tal vez porque, dejemos constancia una vez más, su capacidad lingüística, poco común, purifica la composición total de la novela.

Le atrajo, de siempre, el embrujo de las psicologías curiosas. En su último libro, "Los Hombres del Hombre", pese a su declaración, en una entrevista, "me gustaría escribir sin palabras", como el estilo es el alma del escritor, su naturalismo cobra revancha en páginas magistrales. Expresada en primera persona, dibuja y desdibuja la tortura de un marido sumido en la incertidumbre —que más parece certeza— de la infidelidad de su mujer. Se ha criticado que, para exponer las reacciones encontradas del protagonista, utilizara diversos nombres que separan características, pasiones o estados mentales. Monólogo o diálogo, contienen, de todas suertes, un cultivo de verdad amarga que transmuta al lector.

Gabriela Mistral, al comentar "El Hermano Anso", trazó un juicio fiel, que calificamos válido para el total: "En este libro está, más que en ningún otro de Barrios, la innegable honradez de un escritor que quisiera desterrar el lenguaje hasta el último recurso retórico, hasta la última metáfora, para dejar el sentimiento como en carne viva".

Eduardo Barrios a 25 años de su muerte [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Barrios a 25 años de su muerte [artículo] Oscar Guzmán Silva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile